

Resulta fácil ensimismarse en estos duros momentos. Buscar en el tiempo los entrañables instantes vividos frente a un lienzo en blanco. Ensimismada, buscando ideas, allá, a lo lejos, en la inmensidad del mar. María escuchaba a la profesora dar ideas y oía murmullos de sus compañeros. No era fácil lo que les pedía. No solo era hacer pinceladas de color, no; deseaba que plasmaran allí la esencia de cada uno de ellos, eso que les hacía diferentes. No quería ni un solo cuadro con la misma idea, pues todos eran distintos.

Fue una mañana en blanco para ella. Volvió en el Tram, recogió su bici y se internó por los senderos hasta llegar a casa.

No entendía qué había sucedido. Parecía fácil, cada uno podía pintar lo que quisiera, solo había que buscar en tu mente algo que te hubiera marcado y plasmarlo en el lienzo.

Estuvo ojeando los trazos de sus colegas, había cosas interesantes, algunas originales y muchos tópicos. Un amanecer azul con un velero al fondo que, por su color, indicaba la esperanza a la vida. Una puerta vieja y marrón que marcaba la entrada a la penuria, dejaba entrever los desvencijados goznes. Y así otros muchos a los que apenas prestó atención, todos originales.

Pasó tres horas delante del lienzo en blanco, dibujó, con carboncillo, un estuche del que quería sacar ideas que la habían marcado. Borró el esbozo.

Muy típico—pensó.

Volvió la mirada a la lejanía y el azul brillantísimo del Mediterráneo le dolió.

En casa cogió el cuaderno y empezó a trazar líneas, hojas, lápices, tintero, libros, libros, libros...Eso era lo que la había marcado, pero —¿Cómo plasmarlo en un cuadro para que el lienzo hablara, sin necesidad de pintar tantas cosas?—pensó.

Tenía una semana para llevar una idea.

Se tumbó en la mecedora, debajo del limonero, su olor le transmitía la placidez del ensueño y buscó, en su mente, un color.

Llegó el día acordado y María llevaba, en su estuche, toda la variedad de colores rojos.

Se sentó lo más alejada del grupo, siempre frente al mar, paseó su mirada por los lejanos azules y se olvidó de ellos.

Miró el lienzo en blanco y empezó a embadurnar su paleta: Anaranjado rojizo, bermellón, carmín, encarnado, escarlata, magenta, ocre, púrpura, rojo bengala, rojo burdeos, rojo cereza...

Cogió el carboncillo e hizo un esbozo de un gran libro, roto por las aspas de un molino. Los colores iban embadurnando el lienzo.

La profesora se acercó.

—No digas nada, sé lo que haces—dijo.

—Es duro—respondió María.

—Eso es lo que te ha marcado—contestó la profesora.

—¿Qué es? —dijo alguien.

—Es su vida—respondió la profesora.

Así era. María quería pintar su amor a los libros, su pasión por la literatura, por eso buscó, entre todos los títulos, aquel que más la había marcado y lo plasmó en rojo que, para ella, era el color del fuego y de la pasión. Allí estaban los molinos, que le servían para soñar, para salir de la realidad y volar por la fantasía buscando sorpresas.

Ahora, en estos momentos de incertidumbre, María sueña aquel cuadro, en rojos anaranjados, y aguarda, cada día, esas páginas sorprendentes que la aferran a la vida.

P.B.